

CAPITULO XVIII.

Partida de Cuba.—Tempestad en el canal de Yucatán.—El viento y las corrientes separan los buques de la flota.—Llegada á Cozumel.

Una vez en el Cabo San Antonio, el jefe hizo revista del ejército y flota; dió instrucciones á los capitanes y pilotos de que, tomando rumbo á Cozumel, navegasen en conserva; y mandó izar la bandera española juntamente con el estandarte blanco y azul, cruz colorada y mote, que desde Santiago de Cuba había mandado hacer. Ordenó levar luego anclas, y la armada se despidió de las playas de Cuba, el 18 de Febrero de 1519.

El primer día, la navegación fué bonancible: pronto perdieron de vista la última faja cenicienta y brumosa de la tierra de Cuba, y entraron á plenas velas en el canal de Yucatán; pero en la noche se desató un terrible temporal; el viento arreció fieramente; la marejada creció; las luces de los buques se apagaron; y entre el ruido estruendoso de las olas, el estridente silbido del aire entre las jarcias, y la densa oscuridad de la noche, todos los pilotos se perdieron mutuamente de vista, é incapaces de gobernar el timón, dejaron ir sus naves á donde los embravecidos vientos y las corrientes insuperables quisieron arrojarlos. Todos, más que ménos, su-

frieron alguna avería; pero sobre todo el buque donde iba de capitán Francisco de Morla, al cual sólo su arrojo pudo salvar; porque fué tan recia la violencia del viento, y tan vigoroso empuje el de las olas, que, pasando éstas por encima del puente del navío, barrían con cuantos objetos encontraban. En uno de estos embates, un golpe de mar se llevó el timón, dejando así al navío como presa segura y próxima, de los conjurados elementos. Sin embargo, pudo resistir toda la noche, y cuando, al rayar el alba, la tempestad calmó, fué maravilla distinguir, no léjos, el desvencijado timón flotando sobre las ondas. Morla midió de una ojeada la grandeza del peligro y la vislumbre de esperanza que ante él surgía, y, sin titubear, se ató una soga al cuerpo, y se lanzó al nado en busca de su timón. El cielo coronó con el triunfo su abnegación, y pocos momentos despues salió á bordo exento de todo daño.¹

Los buques desperdigados siguieron su camino; pero como todos los pilotos habían recibido instrucciones de arribar á Cozumel, tomaron este rumbo cuando el tiempo se lo permitió. Los cálculos, empero, fallaron á algunos, porque mientras unos llegaron á Cozumel, otros fueron á dar á Isla Mujeres, y entre éstos, el buque en que iba Cortés.² Conocido por éste el error, salió en breve con los demás buques llegados á Isla Mujeres, y, después de algunos días, se reunió con todos en Cozumel.

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 458.—Herrera, *Decada*, II, pág. 96.—Gomara, *Conquista de México*, en la *Biblioteca de autores españoles*, tomo XXII, pág. 302.

² Gomara, op. cit. pág. 302.

Allí habían llegado varios navíos, uno después de otro, y primero entre ellos, el de Pedro de Alvarado llamado San Sebastian.¹ Alvarado desembarcó en el mismo puerto donde Grijalva había desembarcado, pero se encontró con que toda la gente había huido: todo estaba solitario y desierto. Se internó á otro pueblo distante una legua de la costa, y observó que estaba igualmente despoblado: señal cierta de que los indígenas, por sistema, huían tan pronto como los españoles se presentaban. Esta vez, Alvarado anduvo examinando todo el pueblo, y cargó con algunas gallinas, ropa de algodón, y joyuelas de oro que encontró.² También cogió prisioneros en lo muy espeso de un monte, cuatro ó cinco mujeres con unos niños llenos de pavor, temiendo si los habían de matar; pero Alvarado se conformó con llevarlos al campamento y presentarlos á Cortés.

Estaba Cortés mal humorado cuando llegó á Cozumel, por los contratiempos sufridos, y también por haber llegado demasiado tarde: en parte atribuía la falta de unidad en la arribada á culpa del piloto Camacho de Triana, que se había anticipado, desobedeciendo sus instrucciones. Mandó, por esto, ponerle preso y con grillete; y luego reprendió ágricamente á Pedro de Alvarado, por haber osado apoderarse de bienes de la propiedad de los habitantes de Cozumel, diciendo, que no con tales procedimientos se habían de ganar el corazón de los indios, sino con el buen trato y respeto á sus pro-

1 Herrera, *Decada*, II, pág. 96.

2 Bernal Diaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, pág. 21.

piedades. Ordenó traer á su presencia á las indias detenidas, las cuales se presentaron llorando y asustadas: Cortés las consoló, mandó ponerlas en libertad, y les hizo explicar, por un intérprete, que no tuviesen miedo, que fuesen á llamar á sus paisanos, y especialmente á los caciques, y las obsequió con cuentas de vidrio.